

Primera edición, febrero de 2022
© de los textos, sus autores
© de esta edición Editorial Páramo, 2021

Editorial Páramo - www.editorialparamo.com
comunicacion@editorialparamo.com
Valladolid, España
Edición: Diego Herrero García
Diseño y edición: Javier Campelo Bermejo

ISBN: 978-84-124584-1-1
Depósito Legal: VA 46-2022
Impreso en España - Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

FERNANDO DE MAGALLANES
DE LA CORTE DEL EMPERADOR A FILIPINAS (1521)

Pasado español y memoria actual en el V Centenario
de la llegada al Extremo Oriente



Editorial
PARAMO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.
Diego Herrero García
9

500 AÑOS DE LA PRIMERA
CIRCUNNAVEGACIÓN. EXPEDICIÓN
MAGALLANES-ELCANO (1519-1522).
Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas
23

LAS ESTRATEGIAS DE ESPAÑA EN ASIA EN LOS
SIGLOS XVI AL XVIII.
José Ramón Vallespín Gómez
53

LOS TESOROS DEL GALEÓN DE MANILA:
UN VIAJE ARTÍSTICO ENTRE ORIENTE Y
OCCIDENTE.
David Diez Galindo
71

HISTORIA TEXTUAL DEL CÓDICE BOXER: DE
JOÃO RIBEIRO GAIO A JACQUES DE COUTRE.
Isaac Donoso
109

CONTACTOS DIPLOMÁTICOS ENTRE LA
MONARQUÍA HISPÁNICA Y LOS PUEBLOS
ASIÁTICOS (1570-1615).
Eberhard Crailsheim
149

INTRODUCCIÓN

Cuando dentro de la Asociación Universitaria CLIO de la UVa se empezó a gestar el proyecto de organizar en el V Centenario de la llegada de Magallanes a Filipinas en marzo de 1521 un ciclo de conferencias online en torno a la presencia española en Asia durante la Edad Moderna, pronto se puso de manifiesto la idoneidad y casi necesidad de una iniciativa como esta, pues, como suele suceder con las cosas del pasado, el viaje de Magallanes y los suyos se encuentra cinco siglos después más presente que nunca. Así, durante los últimos treinta años no ha dejado de crecer la importancia a escala global de aquellas lejanas tierras orientales donde se implantó la hispanidad más abierta y vital de hace medio milenio. Por consiguiente, desde la Asociación Universitaria CLIO creemos que estos acontecimientos, con sus innegables luces y sombras, constituyen una parte del legado español mundial que merece ser descubierto y recontextualizado en el marco de procesos a escala planetaria iniciados en el siglo XVI, así como una sugerente invitación a conocer las sociedades asiáticas del presente partiendo de la base de nuestros contactos en el pasado. A mayores, dada la especial vinculación de la asociación que a día de hoy preside con la Universidad y la ciudad de Valladolid, consideramos que su papel en el viaje que logró conectar el mundo entero y las repercusiones de este pasado hispano-asiático en la ciudad del Pisuerga deben ser valoradas y dadas a conocer a la ciudadanía a través de iniciativas de estas características, en las que lo académico se encuentra con la sociedad. No por nada Valladolid cuenta con uno de los más insignes Museos de Arte Oriental en nuestro país; un patrimonio de incalculable valor, pero tristemente desconocido.

Por otro lado, las aportaciones de distintos autores que aquí se recogen no dejan de corresponder a una corriente de renovación de los estudios filipinistas iniciada a finales del siglo pasado, a partir de nuevos enfoques interdisciplinarios —algo muy presente en el presente volumen.

Para lograr alcanzar estos objetivos propuestos, la Asociación ha contado con el decisivo apoyo de instituciones como el Instituto de Historia Simancas de la UVa, a cuyo cargo han corrido la práctica totalidad de los gastos del evento, la Delegación de Defensa de Castilla y León, especialmente el coronel Joaquín Blanco González, el Instituto de Historia y Cultura Naval de la Armada y el Centro de Estudios de Asia de la UVa, cuyas contribuciones han resultado, de una manera u otra, indispensables a la hora de poner en marcha el ciclo de conferencias que ha dado pie a la presente publicación. En lo que se refiere a este volumen impreso, nuestra gratitud se dirige en particular a todos los ponentes que participaron en el ciclo y se han prestado a plasmar por escrito sus aportaciones, así como al Ministerio de Defensa de España, sin cuya generosa financiación las siguientes páginas no habrían podido ver la luz. En este sentido, desde la Asociación Universitaria CLIO juzgamos conveniente ponderar el incalculable a la par que poco reconocido apoyo de las instituciones destinadas a la defensa de nuestro país a la difusión de la cultura y el conocimiento del pasado hispano, además de los múltiples beneficios que manifiestamente ofrece la colaboración estrecha entre los colectivos universitarios y las Fuerzas Armadas. Al fin y al cabo, el fomento y la difusión de la cultura de defensa —en su dimensión presente, pasada y futura— pasa por una acción conjunta de instituciones del ámbito civil y militar.

Gracias a esta sinergia, me enorgullezco de abrir con estas páginas un volumen dedicado al universo social, geoestratégico, cultural, artístico y religioso surgido en el sudeste asiático a partir de la expedición de Magallanes y Elcano, siendo este último el responsable de una de las grandes gestas de la humanidad: “el primer viaje en torno del Globo”, **la primera circunnavegación del planeta Tierra** (1519-1522). Armado con aquella peculiar mezcla de tesón y mesianismo ibéricos, unida a su experiencia previa al servicio del rey de Portugal en los mares de Oriente, Fernando de Magallanes logró el apoyo del emperador Carlos V para emprender una expedición marítima hacia las codiciadas Islas de las Especias a través de una ruta alternativa a la de Vasco de Gama, reservada a los portugueses en función de lo acordado en Tordesillas en el verano de 1494. En el fondo, su intención no era otra que, animado por el descubrimiento del mar del Sur por Núñez de Balboa en 1513, culminar el inconcluso proyecto colombino: alcanzar navegando hacia el oeste las riquezas casi proverbiales de Oriente, a través de un hasta entonces hipotético y desconocido paso marítimo, ya buscado con ahínco pero sin resultados por el propio Cristóbal Colón en los territorios centroamericanos. Fue en la ciudad de Valladolid, capital fáctica de un Imperio llamado a extenderse por las cuatro partes del mundo, donde se pusieron por escrito las condiciones de tal empresa, un viaje hacia lo desconocido y de desenlace incierto, cuya partida desde el puerto fluvial de Sevilla se produjo un lunes por la mañana, 10 de agosto de 1519.

Tras nueve meses de ardua navegación por la costa atlántica de Sudamérica, en aguas “... donde los vientos soplan con furor y donde las tempestades son muy frecuentes”, según Pigafetta, finalmente la “Armada para

el descubrimiento de la especería” logró encontrar la salida del intricado laberinto de bancos de arena, ramales y fiordos de aquello que pasó a la historia como el estrecho de Magallanes; de manera que las naves castellanas transitan por primera vez del mar Océano a “...otro mar que llamamos Mar Pacífico” un miércoles 28 de noviembre de 1520.

“[D]urante el espacio de tres meses y veinte días, sin probar ni un alimento fresco...”, los hombres de Magallanes surcaron la infinitud del Pacífico meridional, entrando en conflicto violento con los habitantes de Roya y Guam y despertando en ellos la sorpresa y admiración de quienes, según Pigafetta, “...no habían conocido hasta entonces más hombres que los habitantes de sus islas”. Al fin, un sábado 16 de marzo de 1521, la expedición arribó al primero de los grandes archipiélagos del sudeste asiático: las islas Filipinas. Las costas de “Humunu” o Homonhon, ínsula despoblada de las islas de San Lázaro, nombre que entonces se le dio al conjunto filipino, tuvieron que antojárseles a los marineros europeos como un verdadero paraíso terrenal, la ansiada recompensa tras varios meses de enfermedades y privaciones padecidas en la inmensidad abrumadora del Pacífico. Ya entonces, cuando se dieron los primeros contactos con los moradores de aquellas islas, los exploradores empezaron a ver indicios de riquezas auríferas en la zona, siguiendo idénticos impulsos a los de los conquistadores en América: “...había en [aquellos valles] más oro que cabellos teníamos en la cabeza”. Por lo demás, las semanas iniciales de los españoles en Asia se centraron en el comercio y la diplomacia —no exentos de amenazas y franca piratería—, junto con los primeros intentos de conversión, bautismos masivos, consecuentes reacciones de algunas comunidades locales y tentativas

de reclamación del territorio a través de la instalación de cruces, empleadas por Magallanes de manera previa para vincular algunos de los lugares visitados al patrimonio del “...rey de España y Emperador de todo el mundo cristiano”.

Quizás el exceso de arrogancia condujo al capitán portugués, cada vez más “...orgullosa y amenazante...”, a subestimar a los indígenas de Mactán, quienes, liderados por el *datu* Lapulapu, le dieron muerte un 27 de abril de 1521. A raíz de tan desdichados eventos para los integrantes de la “Armada para el descubrimiento de la especería”, el hasta entonces favorable y converso rey de Cebú empezó a urdir un complot contra los recién llegados, cuya derrota a manos de otros isleños había deshecho en buena medida la ilusión de poderío inicial. Después de visitar la corte del sultán de Brunéi y habiendo cargado especias en las Molucas, Elcano tomó el mando de una de las dos embarcaciones restantes y se dispuso a retornar a suelo peninsular por el Oeste, decidido a dar buena cuenta de sus descubrimientos ante el emperador en Valladolid y a vender las preciadas especias. Finalmente, tan solo una de las cinco naves iniciales, la tan apropiadamente nombrada como nao *Victoria*, arrojó a dieciocho hombres más cerca de la muerte que de la vida al puerto de Sanlúcar de Barrameda un 6 de septiembre de 1522. Así es como se culminaba la primera vuelta al mundo de la historia, convirtiéndose “*Primus circumdedisti me*” en el lema grabado en el escudo de armas otorgado a Elcano por el emperador.

Subrahmanyam se refiere a esta epopeya como un viaje “huérfano”, pues tuvieron que pasar varias décadas hasta que diese comienzo la presencia colonial española —destinada a durar casi tres siglos y medio— de la mano de la

expedición de Miguel López de Legazpi en 1564, referida a lo largo de varios de los capítulos del presente volumen al constituir la consecución lógica de las correrías orientales de ecos seculares de Magallanes, Elcano y los suyos. Su sin par singladura constituye un paso de gigante dentro de una de las múltiples “globalizaciones”, así como el punto de arranque de un “intercambio magallánico”, con el que no solo Iberia se topó con Asia, sino también las Américas. Gracias a la lúcida exposición de estos acontecimientos y sus precedentes inmediatos por parte de Francisco Bernal González-Villegas, con quien se abre el conjunto de visiones aquí recopiladas, el lector puede hacerse una idea más completa de lo que significó y supuso aquella aventura en el quinto centenario de su desarrollo.

A corto plazo, los hercúleos esfuerzos de estos hombres de mar —y sin olvidar el papel de los intérpretes indígenas y los exploradores lusos y castellanos que les precedieron— cristalizaron en un nuevo horizonte para la Monarquía Hispánica allende de las Indias Occidentales, difuso *finis imperii* frente a tierras cuajadas de apetitosas riquezas y enclaves dispersos adscritos a otras potencias europeas. Y, sin embargo, muy a pesar de los exaltados y delirantes planes de conquista del Imperio del Medio, desde finales del siglo XVI quedó patente que el sudeste asiático no era las Antillas y que la China continental no era el continente americano: la conquista, evangelización y población generalizadas de este nuevo Viejo Mundo hubieron de ser desechadas, en favor de los contactos diplomáticos y el comercio con los poderes allí establecidos, al ritmo del peculiar compás pendular de los monzones. En este y muchos otros sentidos, los españoles tuvieron que amoldarse a las complejas sociedades y realidades preexistentes, en un proceso bidireccional, mestizo y basado en el compro-

miso, ya desde los primeros momentos: Pigafetta no pudo excusarse de probar la carne que le ofrecía el rajá de Butuán por mucho que aquel día fuese Viernes Santo.

Como frontera inabarcable de aquella “monarquía compuesta” que fue la de España en la Edad Moderna, los dominios asiáticos constituyen un observatorio privilegiado para el estudio de los procesos de encuentro entre civilizaciones, con sus singulares resultados en el plano artístico y material —convenientemente sintetizados por David Díez Galindo en su aportación a este volumen—, pero también con sus concomitantes violencias y asimetrías —así nos lo recuerda el texto de Isaac Donoso Jiménez. Es por ello que podemos mirar El Parián de Filipinas como punto de encuentro privilegiado y singularísimo entre mundos tan dispares como la “cosmópolis” hispano-católica y la milenaria cultura china, pero tampoco conviene idealizar en exceso y cerrar los ojos ante una realidad pasada marcada por el conflicto y el rechazo simultáneo hacia “el otro”.

Aunque la “quimera de las especias” y el paso meridional que sostuvieron contra viento y marea las ambiciones de Magallanes y sus contemporáneos resultaron insostenibles a nivel económico —Pigafetta ya afirmaba que “... no pienso que nadie en el porvenir ha de querer emprender semejante viaje”—, medio siglo después de su gesta los navíos hispanos cargaban producciones de la China, el Japón —aunque solo brevemente— y las Filipinas en dirección a los puertos pacíficos americanos, señaladamente Acapulco; en el marco de un tan lucrativo como censurado tráfico transpacífico. A raíz de la estricta reglamentación de este flujo de personas, ideas y productos, echó a andar una peculiar imbricación entre Manila y Acapulco; a partir de ahora ciudades hermanadas por

lazos comerciales y humanos y, a su vez, supeditadas a la soberanía política de la corte de Valladolid y, más adelante, Madrid. Es así como nace, fruto de la unión entre los comerciantes mexicanos y las más poderosas familias de Manila, una verdadera élite hispana transpacífica, volcada hacia la empresa de la Nao de la China. Casi en paralelo, la muchas veces olvidada ruta de la balandra de las Marianas logró incluir a la dispersa Micronesia en una “economía mundo” en ciernes. De hecho, autores como Flynn y Giráldez no han titubeado a la hora de identificar el establecimiento del Galeón de Manila con el surgimiento de un mundo verdaderamente globalizado.

A día de hoy, cuando las conexiones de alcance planetario irrumpen incluso en las regiones más apartadas, el tráfico entre Asia y Norteamérica se ha desarrollado hasta el punto de que los puertos hermanos de Los Ángeles y Long Beach, en la Costa Oeste, acaparan una cuarta parte de todo el transporte marítimo norteamericano, moviendo diariamente un volumen de mercancías cuyo valor se estima superior a los dos mil millones de dólares. Hace quinientos años, los mercaderes hispanos inauguraron este intercambio comercial, asentando los cimientos de nuestro actual sistema mundo. Su base de operaciones en el sudeste asiático, Manila, se convirtió así en hogar de indígenas mesoamericanos, inmigrantes chinos, gentiles y musulmanes indostánicos y comerciantes armenios, una Babel insular desde la que se trató de coordinar la empresa social, cultural, religiosa y política de los españoles en Asia; distintas facetas de un único proceso convenientemente abordadas en los capítulos de esta publicación. Frente a la vibrante y cosmopolita “Perla de Oriente”, el resto del archipiélago bajo dominación hispana constituía un complejo puzzle a base de órdenes religiosas de enorme

influencia, autoridades civiles y poderes indígenas vasallos del rey de España.

Ante este panorama, el interés de los peninsulares se concentraba esencialmente en Manila, como centro comercial de primerísimo orden. Prueba de lo lucrativo de todos estos intercambios transpacíficos y lo suculento del botín que portaban las naves del Galeón de Manila — cuya dimensión artística nos invita a conocer David Díez Galindo con su intervención— es el hecho de que, ante las apetencias del resto de las potencias europeas, la piratería china y las incesantes razias de los piratas “moros” del mar de Joló, los bajeles hubieron de estar sujetos a la jurisdicción de la Armada, quedando bajo la protección de sus diestros oficiales. Fueron aquellos hombres quienes garantizaron la continuidad en las conexiones marítimas que, por entonces, reunían a aquel orbe hispánico que parecía no tener fin; encomiable labor en buena medida sostenida hasta nuestros tiempos, con las operaciones desarrolladas por la Armada Española, junto con el Ejército del Aire, contra la piratería en el Cuerno de África. Asimismo, fueron nuestras Fuerzas Armadas las que levantaron en el enclave de Cavite el fuerte San Felipe Neri, cuyos restos han llegado parcialmente desde el siglo XVII hasta la actualidad, dentro de un recinto de acceso restringido utilizado por la Armada de Filipinas como base naval. Una vez más, la huella hispana y del Ejército Español en el sudeste asiático se desvela como indeleble y digna de ser recordada.

Ello no podría ser de otro modo si consideramos la importancia estratégica de regiones tan ricas y densamente pobladas —a la par que extrañas y lejanas— en la creación de una *Respublica Christiana* de vocación universal, donde tenían acogida las viejas élites locales de América y,

señaladamente para aquello que más nos concierne, Asia. En este y muchos otros sentidos, el imperio de Carlos V y Felipe II poseía un marcado correlato mesiánico y religioso, que implicaba la integración de los pueblos insulares asiáticos, en concreto sus grupos dirigentes, en una fe global que se asimila a una monarquía de alcance asimismo planetario. En el marco de dicho planteamiento general, el sudeste asiático de los siglos XVI, XVII y XVIII fue el escenario de singulares episodios de competencia y cooperación entre agentes políticos orientales y europeos, muy especialmente en torno a las codiciadas islas Molucas, célebres por la abundancia y calidad de su especiería. A pesar del precedente de innumerables desacuerdos y conflictos por aquellas ínsulas, **en 1606 las fuerzas portuguesas y españolas**, en el marco de la unión de las dos coronas ibéricas, lograron restaurar parcialmente la soberanía lusa sobre el vigoroso sultanato de Ternate, en parte gracias al apoyo indirecto de sus enconados rivales de la cercana Tidoré. La colaboración entre gentes de la península —que quizás pueda conducir a la necesaria reflexión en torno a las relaciones con nuestros vecinos portugueses, como apunta José Ramón Vallespín Gómez en su capítulo correspondiente— terminó con la intervención holandesa, el tercero en discordia destinado a ejercer la tutela imperialista sobre la totalidad del archipiélago de las Molucas hasta el término de la II Guerra Mundial. Varios siglos atrás, según ilustra brillantemente Eberhard Crailsheim en este volumen, las ambiciones de los Países Bajos en la región y sus operaciones contra el Imperio Español llegaron hasta las mismísimas puertas de sus posiciones asiáticas, con el apoyo diplomático y militar a los “moros” del Mindanao. Por su parte, portugueses vinculados al *Estado da Índia* franquearon con total fluidez y naturalidad las

tenues fronteras —más firmes en los planteamientos oficiales que en la práctica— que separaban artificialmente las posesiones asiáticas de las dos grandes coronas peninsulares, inextricablemente vinculadas por lazos humanos y económicos, aunque en ocasiones también enfrentadas por el control de los mercados y los recursos estratégicos de aquel “otro Mediterráneo” del que hablase Denys Lombard.

Todos estos ejemplos dan buena cuenta de un complicadísimo juego geopolítico a escala mundial, en el que las cuestiones dinásticas que siempre habían preocupado a las monarquías europeas hubieron de conjugarse con las presiones económicas y los intereses, en ocasiones divergentes, de plazas tan dispares como Lisboa, Madrid, Acapulco, Huatulco, Manila y Sevilla, cuyos comerciantes adquirieron la costumbre de elevar quejas al monarca en torno al comercio Fujian-Filipinas-México. Para poder mantener a flote este inextricable entramado, resultó imperativo crear y conservar toda una red de bases estratégicas, vías de comunicación, instituciones políticas y alianzas diplomáticas que se fueron estableciendo, corrigiendo y depurando a lo largo de las centurias; de tal manera que no resulta del todo exagerado hablar del océano Pacífico en la Edad Moderna como de un auténtico “lago español”.

Si el imperio no es otra cosa que una red de contactos intercomunitarios y de índole diversa que han de ser mantenidos a toda costa, entonces no podemos entender el Imperio Español sin conocer en profundidad sus vínculos, a veces amistosos, a veces hostiles, con sus vecinos portugueses, europeos y nativos de la región. En este sentido, José Ramón Vallespín Gómez logra dilucidar, de forma brillante, la madeja de estrategias desarrolladas por la Monarquía de España en Asia para mantener en

funcionamiento un flujo constante y sin parangón de personas, ideas y mercancía: el abrazo del mundo. A través de este circuito a escala planetaria fluyeron verdaderos ríos de plata, que desde las entrañas de la Sierra Central y la Altiplanicie Norte de la Nueva España manaban en dirección a la puesta del sol para regar con el preciado metal los colosales pero desengrasados sistemas fiscales orientales, que recibían con gozo la llegada de los pesos mexicanos en el marco de una economía incipientemente globalizada. El otro don llegado desde el nuevo mundo al extremo oriente fueron sus cultivos, hasta el punto de que la explosión demográfica de la China Qing no puede explicarse sin introducir en la ecuación el maíz americano y las patatas dulces, aquellas "... raíces que tienen más o menos la forma de nuestros nabos y cuyo gusto se aproxima al de las castañas" de las que habla Pigafetta en su relato a la singladura magallánica. En sentido opuesto, desde la década de 1580 se tiene noticias de la presencia de chinos en la Nueva España, casi en paralelo a un aumento significativo del precio del maíz en el virreinato que algunos autores vinculan precisamente al comercio con Oriente; toda una serie de primeros y tambaleantes pasos dentro de una integración transpacífica que, llegados a nuestros días, ha convertido a la República Popular China en uno de los mayores inversores en el continente sudamericano.

Desde la Asociación Universitaria CLIO, entendemos el pasado español en Asia como una herencia a conocer, investigar y divulgar, así como un ejemplo de diálogo entre universos culturales no exento de asimetrías y violencias; en todo caso un recordatorio de la necesidad de reforzar las conversaciones con el Asia Pacífica, región a la que

indudablemente le corresponde el protagonismo de las décadas, y quién sabe si también de los siglos venideros.

En “el mundo de hoy” ya no nos es posible ignorar la naturaleza integrada y global de los procesos históricos, tal y como sucesos recientes, trágicos y de sobra conocidos nos han hecho a todos recordar, precisamente en el V Centenario de la expedición de Magallanes-Elcano. A la vista de esta realidad presente, nos es posible percibir la importancia de acontecimientos sucedidos a cientos de kilómetros a la hora de explicar aquello que ocurre en nuestra más inmediata vecindad: de la aprobación en Valladolid de una expedición desde el principio mal avenida, pero decidida a tener éxito, hasta el surgimiento de una muy peculiar “hispanidad” al otro lado del mundo.

En este proceso de transmigración y reinterpretación de lo hispano en regiones lejanas y reacias a toda autoridad externa, desempeñaron un papel determinante los padres de las órdenes religiosas, engranajes de lo que autores como Flores han equiparado a una auténtica “máquina religiosa” diseñada para extender el catolicismo al mundo entero. Si Magallanes pensó en 1521 en enviar a dos hijos de notables de Cebú a España “... para que a su regreso pudiesen dar una idea de lo que allí hubiesen visto”, la norma fue el enviar a clérigos a las islas para difundir la “cosmópolis” ibérica. Uno de los efectos de esta labor fue ni más ni menos que el surgimiento de una “principalía indígena” hispanizada, eje articulador de la estructura social, política y, muy señaladamente, económica y fiscal en el archipiélago filipino.

Hasta nuestros días, el catolicismo sigue siendo un pilar indiscutible de la sociedad y la cosmovisión filipinas; y aunque el uso del español —con el que se redactó la constitución originaria de la Primera República Filipina— ha

sido perseguido y en buena medida erradicado a lo largo de varias generaciones por espacio de dos centurias, lo cierto es que tampoco faltan las iniciativas que aspiran a su recuperación, como un vestigio cultural de incomparable valor para el archipiélago. De la misma manera, desde España nos vemos obligados, quizás ahora más que nunca, a volver de nuevo la mirada hacia Oriente en busca de aquello que fue y ya no es, de nuestro pasado, pero sin duda también de nuestro futuro. Tal y como dejó por escrito el excelentísimo embajador Philippe J. Lhuillier con motivo de la inauguración del ciclo de conferencia que ha dado pie a esta publicación: “Nuestros vínculos no tiene por qué quedarse en el pasado”.

Espacio para los encuentros y los desencuentros de gentes adscritas a las más diversas tradiciones culturales, las islas Filipinas fueron antes y durante época española —y siguen siendo a día de hoy— un vibrante universo de violentos contrastes que nos invita a reflexionar sobre nuestras mismas raíces y replantearnos qué parte de nuestro ser viene de aquellas lejanas tierras y qué fue aquello que dejamos nosotros en ellas. Al reunir los distintos enfoques y perspectivas interdisciplinarios de señalados especialistas que aparecen en este volumen, confiamos en que el lector, ya sea más o menos especializado, se sienta invitado a seguir descubriendo un pasado que, aun siendo de todos, es especialmente nuestro, y que gracias al auxilio conjunto de instituciones vinculadas a la investigación universitaria y a la defensa de nuestro país ha sido posible rescatar del olvido.

Diego Herrero García
Presidente de la A.U. CLIO

LAS ESTRATEGIAS DE ESPAÑA EN ASIA EN LOS SIGLOS XVI AL XVIII

José Ramón Vallespín Gómez
Instituto de Historia y Cultural Naval

Ciertamente, se podría decir que España en Asia y Filipinas contó con ciertas estrategias durante los siglos de la Edad Moderna —siempre en el marco de la estrategia general española—, pero en este ensayo mi intención específica va a ser explorar la aplicación y la praxis estratégica de la monarquía española en el teatro asiático. Para comprender dicha actuación, es necesario retrotraerse a las primeras negociaciones diplomáticas entre los dos reinos españoles: las coronas de Portugal y Castilla. En efecto, para los hombres del siglo XVI ambos reinos formaban parte de una realidad más amplia, España, por lo que resulta preciso introducir a los portugueses en la ecuación para poder explicar la estrategia española en Asia.

En el marco de la temprana expansión de portugueses y castellanos por el Atlántico desde mediados del siglo XV, en 1479 tiene lugar la firma del Tratado de Alcasovas-Toledo, por el que no solo se pone fin a los contenciosos entre ambas coronas derivados de la guerra civil en Castilla, sino que la primera renuncia a sus derechos de exploración, evangelización y conquista en aquellas tierras al sur de las islas Canarias; naturalmente en favor del reino de Portugal. Al término de la primera singladura colombina, resulta necesario volver a renegociar los derechos marítimos de ambas coronas españolas, pues el descubrimiento de lo que entonces aún no se reconocía como un nuevo continente había alterado radicalmente el equilibrio y generado toda una serie de agravios y reclamaciones

mutuos. El resultado de la negociación subsiguiente es el Tratado de Tordesillas (1494), que establece una línea imaginaria en sentido de los meridianos y a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde como límite entre las esferas de influencia lusa y castellana. Sin embargo, con el avance portugués hacia oriente comenzaron las reclamaciones de sus vecinos castellanos, quienes invocaban el antimeridiano de aquel fijado en Tordesillas como límite a la zona portuguesa y comienzo de sus dominios al otro lado del mundo. Precisamente, el emperador Carlos V envió la expedición de Magallanes a la Especiería para reclamar aquello que, según algunos mapas que circulaban por la época, le correspondía en virtud del polémico antimeridiano. A pesar de los cálculos de Juan Sebastián Elcano, protagonista indiscutible de la hazaña que supuso la primera circunnavegación del mundo, no se produjo el acuerdo entre los dos reinos españoles en torno a la cuestión de dónde caía el antimeridiano y, por tanto, de a quién le correspondían las Molucas, cuyo valor estratégico era incuestionable, al ser el lugar de origen de las valiosísimas especias. En 1529, el Tratado de Zaragoza zanjó definitivamente la cuestión, con el establecimiento de una nueva línea imaginaria que implicaba el reconocimiento a Castilla de la posesión de todo el Pacífico hasta las preciadas islas de la Especiería, que pasaban a formar parte de los dominios del rey de Portugal.

Tras estos tres convenios diplomáticos, en 1564 se renuevan las ambiciones castellanas en aquel “lago español” que fue en su día el océano Pacífico, con la expedición de Miguel López de Legazpi desde el virreinato de la Nueva España. A pesar de las indicaciones de Urdaneta, sabedor de que las islas de San Lázaro —desde ahora Filipinas— correspondían al monarca luso, Legazpi se dejó guiar por

el criterio de Martín de Rada, iniciándose así la conquista de Filipinas. Decimos conquista porque, efectivamente, Legazpi como noble y hombre de armas recurrió a la fuerza para lograr el control del territorio desde Cebú hasta las Bisayas; pero al igual que Magallanes su gran pulsión fue la conversión pacífica de los indígenas. De hecho, la incorporación de Filipinas resulta similar, en este y otros sentidos, a la conquista de México: los pobladores del archipiélago se sujetan voluntariamente a la autoridad del rey de Castilla, pues los castellanos —los *kastila'*— parecen ser mucho mejores señores que los sultanes locales sometidos al poder islámico de Brunei. En este contexto, Legazpi recurre a las estrategias ya empleadas en la Nueva España hacía varias décadas atrás por Hernán Cortés, a lo que hemos de sumar el papel decisivo desempeñado por los clérigos a la hora de lograr la conversión y sumisión pacíficas de los jefezuelos insulares.

En 1575, en una zona hasta entonces dependiente del ya citado sultán de Brunei, tiene lugar la refundación de Manila como ciudad española, pistoletazo de salida de una sucesión de adelantados, capitanes generales y gobernadores a cargo de quienes corrió la estrategia de España en Asia, cuyo carácter inicial fue marcadamente expansivo. Así, entre las primeras decisiones del sucesor inmediato de Legazpi, Francisco de Sande, se encuentra la organización de una expedición en dirección sur, hacia la isla de Borneo, donde ya habían recalado en su día los hombres de la primera vuelta al mundo. Cuando los expedicionarios ordenaron a Saiful Rijal, a la sazón sultán de Brunei, que renunciase a las Filipinas como área de influencia y de expansión de su fe, se desató la lucha armada, logrando los castellanos apoderarse de la plaza durante algunos meses. Aunque la ocupación fue francamente efímera, el

objetivo estratégico de Sande no era otro que impedir la interferencia de los vecinos mahometanos en el proceso de colonización española del archipiélago filipino.

A pesar del fracaso de la empresa de Borneo, el Gobernador General de Filipinas pronto empezó a concebir proyectos aún más ambiciosos, señaladamente la conquista de China. Basándose en los precedentes inmediatos de Cortés y Pizarro, la idea de que con un puñado de clérigos y hombres de armas sería posible apoderarse de un auténtico imperio no resultaba del todo descabellada. Lo cierto es que estas ambiciones se quedaron en nada más que megalómanos proyectos, pero enseguida se organizaron embajadas en dirección a China —de las que se da cuenta con el debido detalle en otro capítulo de esta obra— e incluso se logró dominar parcial y temporalmente la isla de Taiwán. La última línea de expansión de los castellanos asentados en Manila fue la Nueva Guinea, un plan igualmente infructífero dada la escasez crónica de hombres y recursos con los que llevarlo a cabo. En fin, las Carolinas y otros archipiélagos menores del entorno fueron a su vez gradualmente incorporados a la corona española, gracias al continuo ir y venir de un lado a otro del Pacífico de exploradores y embarcaciones de toda clase que hacían escala en estas islas antes de llegar a las Filipinas. Cabe señalar que, por lo demás, estas últimas no fueron totalmente conquistadas por los españoles hasta casi el final de su presencia territorial en Asia, como tendremos oportunidad de ilustrar más adelante.

Uno de los elementos articuladores indiscutibles de todo este planteamiento estratégico fue la evangelización, encomendada, al igual que en América, a las órdenes religiosas. Muy reseñable fue el papel desempeñado por la Orden de los Predicadores, cuyo convento y seminario en

Valladolid —el Convento de los Agustinos Filipinos— sigue en funcionamiento a día de hoy, recordándonos los vínculos existentes entre España y Filipinas y la significación que tuvo la expansión de la fe cristiana en la conquista y configuración del Asia española. No por nada en esta ciudad, y vinculada al susodicho convento, encontramos una de las mejores colecciones de arte asiático que existen en nuestro país.

Efectivamente, el cristianismo como doctrina social fue diseminado en Filipinas por los frailes agustinos y prontamente abrazado por los indígenas frente a otras confesiones, debido a su carácter más justo y abierto. Pero la labor de los agustinos fue mucho más allá de la propagación del Evangelio, pudiéndose hablar de una verdadera civilización creada por clérigos. En este sentido, algunas de sus aportaciones pertenecen al ámbito de lo que bien podríamos denominar como científico. A estos efectos, no podemos olvidar contribuciones tan decisivas como la *Carta hidrográfica y corográfica de las islas Filipinas*, que levantó el padre jesuita Pedro Murillo Velarde en el siglo XVIII. Su valor y precisión son tales que el actual gobierno filipino hizo uso de este y otros mapas de época española para justificar sus reclamaciones de aguas jurisdiccionales en el mar del Sur de China. Para comprender el carácter decisivo de los frailes en la construcción del orden español en Filipinas solo hace falta leer la carta que el jesuita Juan de Ontiñena envía a su hermano lego, Claudio Acquaviva:

*Las misiones se hazen a pie y otras navegando
y las hislas todas son como un vergel texidas de
arboledas de manera que ni da pena el sol ni el
frío porque es la tierra templada y casi siempre
es verano y los días son yguales a las noches que*

cierto a V.P. que si los Padres que están por allá vieran las grandezas y tesoros que ay por acá de tantas almas como cada año se convierten a dios por medio de los religiosos que por acá algunos son franciscos, dominicos y agustinos y los de la Compañía yo entiendo que con lágrimas pedirían el pasar a estas partes... [...] este es el cabo del mundo adonde ay concurso de la Yndia, Xapón, Perú, Nueva España y la Gran China, y otras partes que acuden a estas partes con sus mercadurías y así abunda esta tierra de bastimento, sedas y otras muchas cosas.

Queda claro el monumental esfuerzo social y cultural de las distintas órdenes religiosas en Filipinas y más allá, hasta el punto de que algunas lenguas indígenas solo se conocen a día de hoy gracias a los diccionarios, traducciones de textos religiosos y escritos varios elaborados por estos padres agustinos, jesuitas y dominicos.

Al lado de esta ingente labor civilizadora, hemos de considerar su relevancia en otro de los aspectos que condicionaron las coordenadas estratégicas de España en la zona: las embajadas diplomáticas. Así, el ya aludido Martín de Rada, fraile agustino, protagonizó, tal y como expone brillantemente Eberhard Craillsheim en su capítulo correspondiente de esta misma obra, en 1575 la primera embajada española ante el emperador de la China, el objeto del deseo de las ambiciones hispanas desde Cristóbal Colón. En época posterior, y dentro de un clima social diferente, el dominico Salvador Massot y Gómez fundó en la segunda mitad del siglo XIX una misión y un obispado en China, desarrollando su apostolado tanto en el continente como en la isla de Taiwán. Aunque su actuación queda

fuera del arco cronológico que estrictamente nos compete, sirve para ilustrar cómo, una vez más, la estrategia española en Asia —y por extensión en toda América e incluso en Europa— consistió en extender un orden social basado en la doctrina católica, frente al materialismo importado por las potencias protestantes. Es por ello que las órdenes religiosas, particularmente los jesuitas, no distinguían entre Portugal y Castilla a la hora de realizar su misión: el jesuita navarro Francisco Javier predicó el evangelio por multitud de territorios asiáticos, llegando hasta Japón, bajo la autoridad de la corona portuguesa. En este sentido, las órdenes religiosas servían como puente entre ambos reinos.

Si bien los resultados de la línea de actuación en China fueron, como ya dijimos, desdeñables, lo cierto es que constituye un locuaz ejemplo de la amalgama de evangelización, negociación y deseos de conquista que presiden toda la actuación política de la Monarquía de España en Asia. Tampoco se ha de menospreciar la aportación tecnológica, por ejemplo en materia de cartografía, de la civilización española a un universo chino en proceso de involución y de creciente aislacionismo. Otra contribución de primer orden de los castellanos al “Reino del medio” fue la plata de América, dado que en China se carecía de un numerario fiable y de calidad, a raíz de la falta de yacimientos argentíferos. A cambio de productos orientales tales como sedas, porcelanas, especias y otras mercaderías, los bajeles españoles introducían sus reales de a 8 en territorio chino, donde eran reacuñados para que sirvieran como moneda de curso legal dentro de los circuitos económicos locales. Al respecto, hay autores que llegan a afirmar que el exceso de plata española en China desencadenó severos procesos inflacionarios, e incluso algunos indican que